

Fuentes psicológicas de los conflictos sociales *

Por LOUIS BEIRNAERT

Nunca acabaremos con la agresividad que genera los conflictos sociales, puesto que tiene su origen en lo más profundo del ser social, en la relación de hombre a hombre. No basta para extinguirla proponer, y a veces obtener, un mejor reparto de los bienes, afirmar un reconocimiento siempre ambiguo respecto de aquel a quien se otorga, condenar la rebelión de los jóvenes. Hay que ir más lejos y tener en jaque por toda clase de vínculos afectivos la terrible propensión a la destrucción que nuestros propios progresos técnicos llegan a liberar.

La psicología, y en particular el psicoanálisis, no pretenden sustituir a la sociología para vencer los conflictos sociales, pero pueden esclarecer un poco las fuentes afectivas que los provocan y mantienen. Sin embargo, no parece que la evocación casi ritual del deseo de matar «al padre» aporte mucha claridad en la materia. Asimismo, el poner de manifiesto los conflictos personales del líder revolucionario o conservador es insuficiente para dar cuenta de la dimensión social del fenómeno. Debe haber en la relación del hombre con «el otro» algún rasgo universal y permanente, que actúa quizá al margen de la conciencia, para generar y alimentar conflictos, que se manifiestan tanto entre los grupos como entre los individuos.

La idea de que la civilización, al incrementar el dominio del hombre sobre la Naturaleza, al multiplicar los bienes y al establecer vínculos entre todos, conduciría progresivamente a la extinción de los conflictos, no ha resistido al mentís de la experiencia. A todos los niveles—económicos, raciales, políticos—, el antagonismo parece ser la ley, y la violencia declarada u oculta, el modo

* Este artículo se publica simultáneamente en la revista francesa «Etudes».

general de la acción. El conflicto social se manifiesta incluso allí donde menos se esperaba, en el interior de las sociedades adelantadas, entre aquellos que son los beneficiarios de sus riquezas económicas y culturales, en forma de impugnación global y violenta. Este último fenómeno, el más desconcertante, es quizá el que mejor demuestra la necesidad de recurrir a la investigación psicológica, para intentar descubrir si no hay alguna fuerza desapercibida que trabaja en la destrucción de aquellas sociedades de las que tanto nos enorgullecemos. Pero antes de abordar «la impugnación» hay que examinar los conflictos sociales que más se conocen, para intentar llegar hasta sus fuentes psicológicas.

LA FRUSTRACION

La sensación de frustración sería una primera fuente de conflictos. Un grupo económico, social, racial o político, cuyas necesidades no se satisfacen, desarrollaría una agresividad contra los grupos cuya dominación le impide el acceso al bien deseado. En el lenguaje mediante el cual toda una parte de la Humanidad dice su condición, los grupos antagonistas—explotados-explotadores, oprimidos-opresores, pobres-ricos—constituyen una especie de esquema que hace referencia a esta situación. No cabe duda de que, a nivel psicológico, la sensación de frustración, por una parte, y el temor de perder el dominio, por otra, aparecen como fuente de agresión recíproca, y por tanto, de conflictos.

Pero ¿a qué se refiere la frustración? ¿De qué bien, de qué objeto se es privado por los demás? ¿Se trata solamente del objeto de necesidades denominadas «naturales», tales como los medios de subsistencia? Está claro que las necesidades del hombre ya no son puramente biológicas, están penetradas por la civilización, plasmadas por la publicidad, situadas en discursos ideológicos. El movimiento por el que son arrastradas las convierte en deseos que se mueven dentro de un campo cuyas dimensiones no pueden determinarse. Así, pues, en el mundo socio-económico, la reivindicación relativa a los salarios alterna con la que se refiere a las condiciones de trabajo y vida, y que ahora va emparejada con la exigencia de participar en el poder económico, incluso de ejercerlo. Y cada momento del deseo frustrado genera agresión y lucha contra los grupos antagonistas y las estructuras que perpetúan su dominación. El conflicto social sólo conoce treguas.

En el límite, se reconoce que la sensación de frustración no se deriva solamente de la relación de los deseos con un mundo de objetos situado ante los sujetos y los grupos. Surge ante lo que es objeto del deseo del otro, de los otros. Verdad que ya apuntaba San Agustín al describir en las **Confesiones** la ira de un niño pequeño cuya madre daba el pecho a su hermanito. Hablar simple-

mente de envidia no explica una realidad, de la cual el psicoanálisis da cada día testimonio y que formula teóricamente, afirmando que el objeto del deseo de uno es el objeto del deseo del otro.

Si es así, el conflicto social radica en una ley psicológica fundamental, que regula el acceso al deseo y a la satisfacción: el paso necesario por el otro. La rivalidad con el otro está, pues, inscrita en la propia constitución de un mundo de objetos para el deseo. La frustración por el otro no es accidental, es estructural. No debemos deducir que siempre estalla en conflictos abiertos. Puede quedar latente, especialmente en las sociedades en que el puesto de cada uno y de cada grupo está determinado por un orden que cuenta con el consentimiento de todos. Puede ser contrarrestada por potentes vínculos afectivos. Sin embargo, tiende tanto más a manifestarse cuanto más conscientes sean de sí mismos los individuos y grupos.

En el supuesto de que el objeto de la satisfacción tenga siempre una dimensión imaginaria, se ve de qué sentimiento irreducible de frustración puede derivarse la agresión que genera psicológicamente los conflictos sociales. Esta observación, que ya nos prohíbe creer que los conflictos podrían desaparecer, se confirma por otra que se refiere esta vez a la manera cómo se inicia la lucha.

LA LUCHA POR EL PRESTIGIO

En el supuesto de que fuera posible una distribución más equitativa de los bienes económicos y culturales, quedaría el hecho de que tanto los grupos humanos como los individuos tratan de hacerse reconocer por los demás. Ahora bien, este deseo de reconocimiento sólo se satisface en y por la lucha. El otorgar pura y simplemente este valor les parecerá siempre sospechoso a los que hasta entonces se mantenían en una situación de dependencia. Deben conquistar e imponerlo, arriesgando sus bienes y su vida. Su lenguaje da fe de ello. Es siempre gracias a «la lucha de los trabajadores», a los «sacrificios de nuestro pueblo», etc., que se obtiene el resultado.

Así, pues, cualquier conflicto social es también una lucha por el prestigio, en el transcurso de la cual el temor a los daños eventuales cede ante el deseo de la imagen que se quiere dar de sí. Si no fuera así, ¿cómo se explicaría la crudeza y la duración de ciertos conflictos cuyas consecuencias más claras parecen desastrosas para las dos partes en cuestión? E, incluso, en los casos en que, como se suele decir, acaba por imponerse la cordura es importante que ninguno de los dos adversarios salga del trance con su prestigio mermado. El principio no es válido solamente para los orientales.

La agresividad en juego en la lucha por el prestigio no se deriva de la frustración de una necesidad particular. Está al servicio del valor que se trata de reconocer, asumiendo el riesgo. Causaría menos asombro el fracaso de tantas medidas encaminadas a asegurar la paz social, si se tuviera en cuenta esta fuente psicológica de los conflictos. ¿Existe un grupo social que no se refiera finalmente a una especie de lucha inicial, de la cual saldrá airoso, para fundar en la misma el sentimiento de su valor? El ejemplo de las naciones jóvenes llegadas a su independencia es típico a este respecto. En un reciente reportaje sobre Haití, en la televisión francesa, la personalidad entrevistada recordaba con orgullo que la independencia de su país fue conquistada por la rebelión de los esclavos, único caso—dijo—en la Historia.

El deseo de reconocimiento y la sensación de frustración no bastan, sin embargo, para explicar todos los conflictos. Existe en la actualidad un tipo de lucha social en el cual no parecen encajar ni uno ni otro de estos dos rasgos psicológicos. Si se aísla en el movimiento de la impugnación su elemento específico, liberándolo de todo lo que debe a sus alianzas con las reivindicaciones de los trabajadores y la de los grupos marginales, se da uno cuenta de que entre los beneficiarios de los bienes de las sociedades adelantadas y los miembros de grupos prestigiosos, una gran parte de estos privilegios entra en conflicto con estas mismas sociedades, principalmente entre los jóvenes. El conflicto de las generaciones—que ha existido siempre—no basta para explicar el fenómeno.

LA IMPUGNACION Y LA ASIMILACION ENAJENADORA

La dimensión agresiva y destructora de la impugnación es evidente. Esto se dice y escribe en todas partes, se refleja en ella una negación global de la sociedad burguesa y capitalista y tentativas de destruir todo lo que se considera formar parte de ella. Una especie de agresividad sin matices parece desplegarse sin límite. Pero esta ruptura radical va acompañada de la busca titubeante de un estilo de vida que contraste con las costumbres de esta sociedad. Basta con evocar el modo de vestir, la vida en bandas, la busca de ritmos naturales, etc. Cuando se ha visto a los «hippies» de San Francisco instalados en cualquier sitio, alrededor de un perro, o tocando un trío de Schubert en la entrada monumental de una sucursal del Bank of America, no cabe duda de que estos jóvenes buscan «otra» vida. La destrucción tiene, pues, como contrapartida, inicios de construcción a otro nivel que aquel en que se íntima a los jóvenes que se colocan.

Esta busca amplia y confusa de la diferencia de vida y costumbres se opone a la acción del proceso que se está desarrollando en las sociedades adelantadas y que tiende a producir una homo-

geneización cada vez más pronunciada de la masa social. Estas sociedades, lanzadas en el movimiento de una producción y un consumo crecientes, y dominadas por la necesidad de vender el mayor número de productos cada vez más standarizados, llegan forzosamente a convertir a sus miembros en seres cada vez menos diferenciados, que hacen las mismas cosas, de la misma manera, en los mismos momentos. Evocando la miseria psicológica de las masas, Freud escribía: «El peligro es más amenazador cuando el vínculo social se crea principalmente por la identificación de los miembros de una sociedad unos con otros». Esta identificación resulta faltamente de la reducción del hombre al tipo, o más bien al estereotipo del «productor-consumidor». El mecanismo psicológico por el cual el yo llega a ser semejante a los otros yo, desemboca aquí en una asimilación cada vez más horizontal.

Entonces es cuando se desarrolla esta tensión agresiva que es correlativa con la identificación enajenadora. Antiguamente, una mujer llamada «de mundo» no podía soportar sin angustia y sin enfado que otra mujer llevase el mismo vestido que ella. El potencial de agresión social crece en la misma proporción en que la asimilación se propone como ideal. Pasa a la acción en los jóvenes. ¿Por qué? Su posición en la sociedad les coloca inmediatamente frente al modelo reinante. Las generaciones anteriores han conquistado a menudo su situación y sus bienes por el trabajo. Su participación en la sociedad de consumo es el resultado de una distancia salvada entre dos niveles de vida distintos. Han triunfado. En sus relaciones mutuas, la tensión agresiva está, en parte, contrarrestada por la seguridad que se dan unos a otros por su propio triunfo.

Esto ya no ocurre con los que, desde el principio, se hallan identificados con el bienaventurado consumidor de la sociedad de la abundancia. No se les propone ninguna distancia que salvar, ningún ideal, aunque fuese el del triunfo, que realizar. Esta confrontación sin intermedio, con la imagen indefinidamente multiplicada de ellos mismos, en la cual se pierden todas sus particularidades, hace que la tensión agresiva, contrarrestada en sus padres, estalle en ellos en repulsa y destrucción. Antes de reprocharles su negativismo, hay que comprender que son los reveladores de una situación con la cual se han encontrado, de una agresividad latente que es exactamente correlativa con el movimiento asimilador de la civilización industrial en la que participan. De ahí que su vida al margen, sus costumbres desconcertantes, sean quizá los primeros esbozos de una sociedad en la cual la identificación, en lugar de ser puramente horizontal, se haga gracias a mediaciones: proyectos comunes, disfrute de valores diferenciados y, ¿por qué no?, participación en una trascendencia que distingue tanto como une.

Al estudiar lo que él llamaba multitudes artificiales—la Iglesia y el ejército—, Freud observaba que el vínculo social estaba fun-

dado en la identificación con un jefe que ama con un amor igual a todos los miembros del grupo. Se preguntaba si, en ausencia de jefe, la unión no debía asegurarse por la sumisión a valores ideales comunes, a falta de lo cual los impulsos hostiles, contrarrestados hasta ahora, se manifiestan abiertamente. La coherencia de las sociedades arcaicas se mantenía por una red de creencias y ritos que organizaban la vida en común en función de algo que sobrepasaba a los individuos y les daba un puesto y una función propios.

Así, pues, la impugnación de los jóvenes nos revela el atolladero en el cual se hallan cogidas las sociedades occidentales adelantadas. A medida que tiendan a realizar a nivel de lo utilitario una igualdad cada vez más pronunciada, liberan el impulso destructor de lo que lo contrarrestaba, dando lugar en los responsables a estas formas exacerbadas del egoísmo de grupo y de voluntad de poder que tenemos a la vista, así como a la rebelión de los jóvenes. ¿Se mantendrán aún mucho tiempo en su sitio las coberturas ideológicas que ocultan la acentuación de las tensiones agresivas generadoras de conflictos? En formas diversas se manifiesta en todas partes el deseo de diferenciarse, de encontrar mediaciones instintivas o espirituales. Puede ser una reunión festiva, como la de Woodstock; pueden ser cuatrocientos jóvenes que, fuera de toda iglesia, invocan a Jesús. En la ambigüedad, las televisiones no dejan de presentarnos la imagen de sociedades arcaicas. ¿Objetos de curiosidad? ¿Incitaciones a encontrar otra cosa? El hecho tiene su significación.

CONCLUSION

La psicología no es normativa. No puede proponernos soluciones a los conflictos sociales de hoy. Pero puede esclarecerlos y librarnos de nuestras ilusiones. Nunca acabaremos con la agresividad que genera los conflictos sociales, puesto que tiene su origen en lo más profundo del ser social, en la relación de hombre a hombre. No basta para extinguirla proponer, y a veces obtener, un mejor reparto de bienes; afirmar un reconocimiento siempre ambiguo respecto de aquel a quien se otorga; condenar la rebelión de los jóvenes en nombre de la regla del juego. Hay que ir más lejos y tener en jaque por toda clase de vínculos afectivos la terrible propensión a la destrucción que nuestros propios progresos técnicos llegan a liberar.

Por cierto, la psicología no pretende llegar a la conclusión de la inutilidad de los esfuerzos encaminados a librar a los hombres del hambre, a asegurar un mejor nivel de vida, a hacer participar a los hombres en los poderes de decisión. Tampoco relega a la inutilidad tantos trabajos para iluminar a los responsables de nuestras sociedades sobre las exigencias de la justicia y el amor. Podemos siempre obrar pacientemente para encontrar los compromisos que ase-

guren durante algún tiempo un apaciguamiento de los conflictos entre los grupos. Pero la tensión agresiva no será contrarrestada de un modo duradero sin un sobresalto venido de las propias sociedades y sus miembros para encontrar, incluso inventar, formas de vida afectiva que los pongan en comunión unos con otros

Estas formas que no pueden ser determinadas **a priori**, podrán leerse en el movimiento mismo de las sociedades. Más que teóricos y moralistas, necesitaremos probablemente buenos lectores. El porvenir no está nunca tan velado que sus lineamientos no se esbocen ya en el presente. Eros, que tiende a unir a los hombres, es siempre activo, y con derecho podemos pensar con Freud que ya está haciendo un nuevo esfuerzo en su lucha contra su adversario inmortal: la muerte.